

ANNA BOSCH, *MUJERES QUE ALIMENTAN LA VIDA. SELECCIÓN DE TEXTOS (1996-2008)*, Icaria, Barcelona, 2010

Enric Tello

«Sin la afectividad y el apoyo que reciben los hombres de las mujeres, éstos no podrían soportar el mundo que ellos mismos han creado»

Anna Bosch, 2003

¿Qué sentido tiene reseñar un libro como éste en una revista de economía crítica? Es una pregunta relevante, con la que vale la pena empezar diciendo que la colección de ensayos de Anna Bosch merece ser reseñada aquí sólo en la medida que la economía crítica no quiera hacer únicamente «ciencia normal *para* la gente», también aspire a adentrarse en una estrategia de «investigación post-normal con la gente» –como se defiende a veces desde la economía ecológica y la ecología política–, reconociendo que en las comunidades humanas anidan muchos saberes valiosos que están más allá de los pequeños círculos académicos. Hay bastantes lugares donde buscar ese conocimiento arraigado en la gente, sin el cual las sociedades no podrían funcionar ni reproducirse. Uno que debe interesar especialmente a la economía crítica es el conocimiento generado en el seno de los movimientos sociales que buscan transformar el sistema establecido. Pero hay más, mucho más aún, donde se sustenta, alimenta y reproduce la vida.

En otro lugar he defendido la idea, que compartí con Anna Bosch –y ella misma fue para mí una fuente de inspiración al respecto–, según la cual es precisamente en los movimientos de resistencia y crítica al orden social vigente donde suelen reunirse unas condiciones muy peculiares para pensar sin muletas, con una gran libertad y creatividad, y a la vez encarnando ese pensamiento en la realidad viva de la gente. Es una combinación que difícilmente se encuentra en el mundo académico o en el ámbito político, tal como están institucionalizados. Para dar con esos destellos de saber libre de ataduras, capaz de vislumbrar horizontes que no están al alcance de cualquiera, no hay que buscarlos sin embargo en la multitud de textos de urgencia surgidos en medio del fragor de tantas luchas. Sus anónimos autores y autoras pierden a veces mucho tiempo en discutir cada coma y adjetivo de unos manifiestos, escritos, comentarios y discursos que, por regla general, acaban siendo textos pobremente escritos que sólo engrosan

Enric Tello

aquel «*dolor de papeles que ha de barrer el tiempo*» evocado por Rafael Alberti. Donde anida de verdad el saber generado en los movimientos sociales emancipadores es en la reflexión más depurada, de segundo orden por así decirlo, que desarrollan algunas personas vinculadas a los mismos cuando consiguen tomarse el tiempo necesario para reflexionar más a fondo a partir de su experiencia.

«*Un movimiento social se empodera cuando es capaz de pensarse y decirse a sí mismo desde su propia experiencia, definir su ubicación en la sociedad, y desde ese lugar arrogarse la libertad de relacionarse de igual a igual con el poder establecido*» (p. 112, y de nuevo p. 161). Así es como se escribieron los textos de Anna Bosch reunidos en este volumen, y es así como vale la pena leerlos: degustándolos como un saber de verdad generado por alguien que tras estar toda su vida vinculada al movimiento obrero primero, y a los movimientos ecologista y feminista después, supo encontrar en los últimos años de su intensa experiencia la distancia y el reposo necesario para brindarnos en primera persona una reflexión ecofeminista profundamente incardinada en aquella larga lucha.

Tras una útil presentación biográfica de las editoras del volumen, éste se abre con la versión final de un ensayo largamente trabajado junto a otras mujeres sobre la crítica ecofeminista a la cuestión de la población. En él Anna Bosch demuestra conocer bien y saber emplear con tiento tanto los datos básicos de los procesos históricos de transición demográfica, como los dos mejores argumentos polémicamente desarrollados desde la economía crítica y la economía ecológica contra el viejo argumento del reverendo Thomas Malthus (que ya motivó el odio de tantos radicales coetáneos por su cruzada a favor de la abolición de la Ley de Pobres inglesa, como aquellas duras y pertinentes palabras de Karl Marx: «*llamo 'canalla' al hombre que intenta acomodar la ciencia a un punto de vista dependiente de un interés ajeno a ella misma*»...).

El primer argumento considera inaceptable discutir en serio sobre la relación entre presión demográfica y limitación de recursos sin tomar en consideración las mediaciones económicas y las instituciones sociales que determinan un desigual acceso a los mismos. En palabras de Anna Bosch, «*no se puede establecer una relación directa entre población y recursos sin tener en cuenta que entre ambos existe una relación llamada mercado que controla la forma de acceso, la utilización y el reparto de esos recursos, y que implica unas determinadas relaciones de producción*» (p. 28). En consecuencia, el segundo argumento formulado por la economía ecológica con la ya famosa fórmula IPAT —que Anna Bosch criticaba por abstracta, y a la vez también empleaba a veces como herramienta argumental—, especifica que cualquier análisis dinámico de la interacción entre crecimiento de la cantidad de población humana y sus impactos ambientales debe incluir, al menos, los desiguales consumos por habitante de esa misma población y las distintas tecnologías empleadas para obtenerlos.

No es ahí, sin embargo, donde se encuentra lo específico del pensamiento propio de Anna Bosch sobre la cuestión de la población. Lo que caracteriza su punto de vista, desarrollado junto a otras mujeres del grupo ecofeminista *Las Petras* —nombre que aludía tanto a Petra Kelly como a aquella genérica «*Petra, criada para todo*»—, es su impugnación sin paliativos de un modo de pensar la reproducción humana como si de

una cuestión de ingeniería social se tratara. Es decir, prescindiendo de las mujeres que biológica y anímicamente la llevan a cabo en su propio seno en primer lugar, y la prolongan después culturalmente a través de una callada y paciente tarea de cuidados de los que emerge, aseada y lista para enfrentarse al mundo, cada nueva generación. De nuevo en palabras de Anna Bosch: *«Si bien la capacidad reproductiva de la especie humana es compartida por hombres y mujeres, el proceso físico de concepción, embarazo, parto y lactancia sucede en nuestros cuerpos, cambia nuestras vidas, es una experiencia sólo de las mujeres. Por tanto, somos las mujeres quienes tenemos la última palabra en el hecho humano de la reproducción. El movimiento feminista del Estado español en los años ochenta acuñó un eslogan contundente: NOSOTRAS PARIMOS, NOSOTRAS DECIDIMOS»* (p. 29).

Tal como queda implícito en ese emparejamiento de conceptos que se alza simbólicamente como un puño, es en la trabazón entre ambas dimensiones donde subyace lo más importante del asunto: un hecho biológico irremplazable y una construcción cultural. La junción entre ambas deviene uno de esos constructos sociales tan hegemónicos que ni siquiera se repara en ellos, porque se «naturalizan» hasta devenir componentes destilados del orden simbólico predominante. Así es como la reflexión de Anna Bosch aborda, de la mano de otras autoras como Victoria Sau, Luisa Muraro y el colectivo Diotima, lo que para ella era el nudo gordiano del llamado «problema de la población»: *«El problema de fondo que explica por qué los hombres se atreven a tomar las decisiones que afectan a nuestra capacidad reproductiva» es que «la maternidad no existe a nivel simbólico. Aunque las mujeres tengamos hijos [...], no ejercemos la maternidad de por sí sino por cuenta de los hombres; las mujeres sólo somos portadoras de los hijos de los hombres. La maternidad quedó secuestrada en el espacio de lo biofisiológico, de lo animal, por tanto sólo tiene existencia biológica, no es un hecho cultural ni crea orden propio»* (p. 31).

Al hilo de ese argumento Anna Bosch ya denunciaba en aquel artículo –inicialmente publicado en 1996 y escrito un poco antes– la existencia de brutales violaciones de los derechos humanos como los perpetrados aquellos mismos años bajo el gobierno de Alberto Fujimori sobre unas 300.000 campesinas indígenas que fueron esterilizadas en Perú contra su voluntad, y en condiciones sanitarias miserables, por exigencia explícita del plan de ajuste del FMI de la deuda externa del país (véase, por ejemplo, *El Público*, 21/04/2011, p. 14). Pero su argumento va mucho más allá, al poner en evidencia que aquellos y muchos otros ejemplos de violencia directa contra mujeres y comunidades indígenas se amparaba en otra violencia simbólica previa, mucho más general: la cancelación de la maternidad como hecho cultural que, reconociendo socialmente que descansa tanto biológica como emocionalmente en la mitad femenina de la Humanidad, debe conferirle también el derecho a decidir al respecto.

La fuerza conjunta de las movilizaciones, denuncias y reflexiones teóricas de muchas mujeres libres como Anna Bosch han conseguido en los últimos quince o veinte años dar un vuelco importante al modo como los propios organismos internacionales y multitud de estudiosos abordan el «problema de la población». El punto focal se ha desplazado hacia la libertad y el empoderamiento de las mujeres como condicionante más directo

Enric Tello

de los cambios de comportamiento reproductivo hacia una aceleración de la transición demográfica, que ya es una realidad en la mayor parte de países del Sur, y no tiene parangón por su rapidez con toda la experiencia previa de los países occidentales económicamente desarrollados. Tal como Anna Bosch apuntaba entonces, eso ha desbaratado los pronósticos neomalthusianos más alarmistas. Leer lo que escribié entonces sobre el comportamiento autónomo de las mujeres del Magreb o el Próximo Oriente resulta ahora sorprendentemente premonitorio de esas revueltas protagonizadas en los mismos países por tantas mujeres y tantos hombres jóvenes que ocupan las calles clamando libertad.

Aún es pronto, sin embargo, para dar por cerrada esa polémica, precisamente porque se trata de una pelea por el orden simbólico más básico de nuestra sociedad. Tal como ya apuntaba Anna Bosch, «*como la maternidad se halla secuestrada por el orden patriarcal, los hombres se sienten legitimados para hacer con ella lo que les plazca, según sean los intereses coyunturales: pueden pactar sobre ella, pueden estimularla o pueden frenarla*» (p. 32). Irónicamente, ya se empiezan a oír nuevas voces alarmistas que avisan esta vez sobre los efectos económicamente deletéreos de la «implosión demográfica» creada por esas obstinadas mujeres que (nos) tienen tan pocos hijos...

Vale la pena recalcar a fondo en ese vínculo de Anna Bosch entre *ser-hacer y decidir*, porque constituye un hilo argumental que anuda muchas, si no la totalidad, de sus reflexiones a lo largo de esta colección de ensayos sobre temas aparentemente muy dispares. A lo largo del libro ese nexo se alarga a través de una cadena implícita que podríamos resumir más o menos así: *ser-> hacer-> saber-> reconocerse-y-ser-reconocida -> co-decidir*. Con ella Anna Bosch anda constantemente cruzando de un modo sorprendente e iluminador el foso aparente que separa el ámbito de lo «biológico-ecológico-natural», y el de lo «cultural-social-económico-político-simbólico».

Cuando Anna Bosch se refiere, por ejemplo, a los asesinatos de Miguel Ángel Blanco y Mikel Zabaltza en el País Vasco su comentario sobre «*las madres de Miguel*» le lleva a la siguiente reflexión: «*No puedo aceptar la violencia como método para conseguir ningún objetivo, por muy justo y loable que sea. Traer una vida al mundo es difícil y doloroso; convertir una criatura en un ser adulto exige mucho esfuerzo y mucho amor. Tras cada generación que deviene adulta hay la tarea silenciosa, pero dura y persistente, de millones de mujeres. Se trata de una tarea civilizatoria que se opone por definición a la barbarie de la muerte*» (p. 36). El argumento se retoma de nuevo al tratar sobre «La política de las mujeres ante la crisis», y resurge una y otra vez anudando dimensiones y problemas con propuestas interpretativas y de transformación que desvelan a la lectora y –muy especialmente– al lector atento muchos pliegues y dimensiones de la realidad en los que probablemente no había reparado.

Intentar resumir todos y cada uno de los dieciséis ensayos aquí reunidos, haciendo justicia a la densidad e intensidad de su pensamiento, desbordaría en mucho los límites de esta reseña. El único sustituto que puedo ofrecer para animar a las economistas críticas y los economistas críticos a leer a Anna Bosch, y aprender de ella, es una pobre síntesis del modo como ella unía cuatro nociones que me interesan especialmente: 1) la

noción de orden simbólico (explícitamente tomado de las feministas italianas de la Librería de mujeres de Milán y el colectivo Diotima de Verona); 2) la conversión de la naturaleza, y de la tarea civilizadora de las mujeres, en meras «externalidades económicas» dentro del orden simbólico patriarcal y capitalista; 3) su noción de huella civilizadora y déficit civilizador; y 4) las lecciones que podemos aprender de la revolución que han hecho las mujeres del siglo XX sin tomar el poder.

1 «Podríamos definir el orden simbólico como el conjunto de creencias y valores básicos profundos de una civilización humana que se transmiten por la vía del inconsciente y, por tanto, permanecen fuera de la conciencia. La importancia de este conjunto de creencias y valores es tan grande que este determina absolutamente la percepción de la realidad. El orden simbólico es el que determina las connotaciones del lenguaje, más allá del significado estricto que se atribuye a las palabras. [...] El orden simbólico es el que limita la capacidad humana de percibir la realidad. [...] El orden simbólico se ha ido construyendo como resultado de la conciencia humana del propio cuerpo y de las relaciones con la naturaleza» (p. 85).

2 «La visión sesgada del mundo que nos da el orden simbólico patriarcal explicaría por qué, por ejemplo, la economía se considera un sistema cerrado y se define como «autónoma», tanto en términos humanos como ecológicos. [...] Como dice Antonella Picchio, el análisis económico del mercado laboral ha ignorado la relación dinámica entre el proceso de producción de mercancías y el proceso de reproducción social de la fuerza de trabajo. Y este proceso no sólo se refiere al tiempo que pasan los trabajadores en su puesto de trabajo, sino a su ciclo vital completo y a la reproducción de las futuras generaciones. [...] Sin este trabajo invisible que hacen mayoritariamente las mujeres no habría ni mano de obra, ni existencia humana. Es decir que la economía no es un sistema cerrado, sino que sólo puede existir de forma interrelacionada con la naturaleza, y gracias al trabajo femenino de dar y cuidar de la vida» (pp. 87-88).

3 «Dar la vida y cuidar de ella, atender a los enfermos y los ancianos, dedicar el tiempo y las atenciones necesarias para que las criaturas lleguen a ser adultas, la capacidad de dar afecto y la ternura que la humanidad necesita para vivir, mantener la limpieza y el orden necesarios para vivir dignamente, quitar hierro a los conflictos, buscar el alimento imprescindible, son tareas que han hecho las mujeres a lo largo de la historia y que siguen haciendo en la actualidad en todas las culturas humanas. Y estas tareas son fundamentales para mantener a la especie humana. Sin esta práctica de la cultura de la vida –que cura las heridas y vuelve a aportar vida–, la humanidad habría desaparecido» (p. 86). Aunque «estamos inmersos en un orden simbólico que prioriza el artificio fabricado por encima del don de la vida» (p. 92), «sin la afectividad y el apoyo que reciben los hombres de las mujeres, éstos no podrían soportar el mundo que ellos mismos han creado» (p. 86). «Esta constatación de la dependencia masculina en relación a las mujeres nos ha llevado a acuñar conceptos análogos a los de huella ecológica y déficit ecológico, desarrollados por la economía ecológica, y que denominaremos huella civilizadora y déficit civilizador» (p. 140). «El concepto de huella civilizadora se hace más claro si lo individualizamos,

*es decir si representamos la huella per cápita, o sea, el tiempo, el afecto y las energías amorosas necesarias a lo largo de toda la vida de un ser humano. Y el déficit per cápita correspondería a la diferencia entre la huella per cápita y lo que dicho ser humano aporta al conjunto de la población a lo largo de su vida» (p. 141).*

4 *Eso nos lleva a una noción relacional, y no individualista, de la individualidad: «Se trata de individualidad relacional, que se afirma a sí misma para poderse desplegar hacia fuera y construir mundo, construir colectividad» (p. 150). Lo que, a su vez, conduce directamente a «la opción que las mujeres hemos hecho para transformar la sociedad: hemos preferido la relación al poder» (p. 157). «Las mujeres sabemos por experiencia que las estrategias indirectas a menudo nos dan mejores resultados que el enfrentamiento cara a cara. Somos protagonistas de la única revolución triunfante del siglo XX, y esta revolución la hemos hecho sin tener que conquistar el poder político, sin haber creado estructuras organizativas que tienen que dedicar grandes energías a su propia reproducción, sin haber tenido que disparar un solo tiro. Pienso que las mujeres todavía no somos suficientemente conscientes de lo que hemos hecho, de los mecanismos que hemos utilizado, de cómo lo hemos conseguido. [...] Ante la crisis de la política actual, que no resuelve, sino que agrava los problemas de la humanidad, las mujeres tenemos la llave para ofrecer a la sociedad humana otra forma de establecer las relaciones entre las personas y organizar la vida colectiva. Pero, para hacerlo, tenemos que creer en nuestra experiencia y en nuestra capacidad» (p. 96).*

Llegados a este punto sólo me queda sugerir dos cosas: leer directamente este grupo de ensayos que nunca se escribieron pensando en formar un solo volumen, y hacerlo también atendiendo a los hilos que Anna Bosch fue dejando a su paso para que otras y otros pudieran seguir tirando de ellos. Seguro que distintas personas harán diferentes lecturas que conducirán hacia diversos ovillos. Por mi parte quiero terminar esta reseña llamando la atención sobre uno de ellos: el estudio que empezaron Anna Bosch y Cristina Carrasco aplicando la matriz de necesidades de Manfred Max-Neef a una evaluación transversal de las políticas públicas de bienestar social para mujeres (y hombres). «*Lo cierto es que no pudimos acabar nuestro trabajo*» (p. 108), nos dice Anna Bosch en el capítulo sobre «*Feminismo, nuevos paradigmas y acción gubernamental*». He aquí uno de esos valiosos cabos sueltos de los que vale la pena seguir tirando.

